

## PÉGUY Y LANDSBERG EN MOUNIER. SU INFLUENCIA PARA UNA LECTURA DE MOUNIER HOY

J.C.Vila  
Instituto Emmanuel Mounier. C/Melilla 10 28005 Madrid, España  
y  
Asociación Cultural Tremn. C/Grecia 6 06100 Olivenza, España  
email: jcvila@tremn.org

**RESUMEN:** A través de la “raíz” **Péguy** llega a Mounier el aporte proveniente de los socialistas utópicos y anarquistas del XIX con tres ideas claves: La revolución será personal (espiritual) o no será; la búsqueda de una **reconstrucción** del presente (y el futuro) a partir **del Renacimiento**; el espíritu burgués es el verdadero mal que está acabando con las virtudes republicanas.

Mediante la confluencia personal con P.-L. **Landsberg** llegan la fenomenología y los diferentes personalismos, aportando al pensamiento de Mounier estas tres ideas fundamentales: La importancia del **compromiso**; una intensa búsqueda de las raíces, sobretudo en la Edad Media; la necesidad de una **pedagogía**.

Mounier pondrá en primer plano el acontecimiento, situándolo como maestro de nuestro ser personas en el mundo, decantando las influencias recibidas en los siguientes elixires del Personalismo Comunitario: La persona se realiza comprometiéndose, y ello conlleva una revolución interior; es necesario Rehacer el Renacimiento como modo de retomar los caminos abiertos en la Edad Media; el personalismo debe ser una pedagogía, y además debe ser pedagógico; el espíritu burgués condena a la persona a su individuación y por tanto a su disgregación, a la ruptura de la comunidad, a la imposibilidad del mantenimiento de unas virtudes realmente generadoras en política.

Palabras clave: Compromiso; Landsberg; Pedagogía; Péguy; Rehacer el Renacimiento.

### 1 INTRODUCCIÓN

Emmanuel Mounier es un pensador, con raíces extendidas por el vasto limo de quienes le precedieron en el tiempo, en la labor de hacer de la filosofía, vida. Es posible que sea por esto que se ha dicho de él que no creó un sistema filosófico, que no podemos hablar de filosofía personalista, o que era un ecléctico más.

Quienes así hablan no sienten que la filosofía sea una manera de vivir; Mounier vivía lo que pensaba, y buscaba incansablemente ese punto místico de la confluencia entre pensamiento y acción. Por ello sostuvo con su incansable esfuerzo la obra de su vida: Esprit.

Esprit significa la presencia viva de aquello en lo que creía Mounier, y con él, aquellos que pusieron su esfuerzo o su vida junto a él.

Así, voy a resaltar aquí, por un lado, una raíz que me parece imprescindible para comprender el pensamiento y la obra de Mounier; Charles Péguy. Por otro, una compañía, una influencia fundamental para la acción del Mounier más fiel al acontecimiento; Paul-Ludwig Landsberg.

De ambas hebras podemos descubrir que está tejida la mayor parte del tapiz que hoy conocemos por el Personalismo Comunitario de Emmanuel Mounier. No cabe duda que existen otras influencias, otras hebras, más o menos presentes (como la del tomismo), o más o menos tangenciales (como las de anarquismo y marxismo), pero con menos peso en la escena final que nos muestra este tapiz siempre vivo y de permanente urdimbre, que es el Personalismo Comunitario[1].

### 2 LA RAIZ PÉGUY

Charles Péguy va a resultar un maestro en muchos sentidos para Mounier. En lo vital, Esprit significa, en cierto modo, una continuación de los Cahiers que Péguy va a publicar hasta su muerte en 1914[2]. Se unen el empeño personal, la pasión y la variedad en los orígenes ideológicos de las plumas que se publican.

En lo espiritual, es un referente por la capacidad de vivir contracorriente dentro del socialismo y del cristianismo. La perseverancia en los valores y las lealtades; una fe siempre dispuesta al encuentro.

En la plasmación de pensamiento y acción en una filosofía, tiene a mi parecer, tres claves fundamentales:

#### 2.1 La revolución será personal o no será

Cuando en 1905 la Rusia de los zares se debatía en una de sus crisis más agudas, con la pérdida de la guerra con el imperio nipón y las primeras grandes manifestaciones obreras, Péguy advertía que una situación como esta sólo traería sangre, pero que la revolución que el veía ya como inevitable, tampoco traería otra cosa que más sangre.

Los cambios estructurales profundos, como se intuía sería una revolución como se demandaba por parte de los movimientos obreros de fines del XIX y principios del XX, se llevarían a cabo por personas que no han cambiado por dentro, que continúan pensando en las mismas claves que el “antiguo régimen”.

El cambio verdaderamente profundo, la verdadera revolución habría de ser personal. De la necesidad de las transformaciones sociales no dudaba, y por ello era un socialista de convicción clara. Pero de la misma manera,

creía en la necesidad de que hubiera una revolución interior que hiciera posible la “ciudad armoniosa”.

Esa ciudad situada en un lugar fuera del tiempo, en la utopía generadora de esperanza, horizonte que la historia nunca alcanza, pero al que siempre tiende, esa es la morada en la que mística y política se encuentran de forma natural, en una sola y armoniosa trenza de los hilos del tapiz con el que Péguy veía que se tejían los acontecimientos.

Péguy habla de una transformación que sólo mediante la educación puede conseguirse. Una educación que hable a la razón, pero no a la del número, en la que Péguy desconfía, como su maestro Pascal, sino a la de la palabra, el diálogo. Educación como crecimiento personal, crecimiento interior, crecimiento espiritual que culmine en una transformación tal que sea capaz (que sea competente diríamos hoy) en la ciudad armoniosa.

Allí, la cultura, lo propio de cada pueblo, de cada nación en términos de Péguy, no está contra otras, no es resta, es suma. Suma integradora de personas en la gestión política de la ciudad; hablamos de educar ciudadanos para la república.

## 2.2 Reconstrucción del presente (y del futuro) a partir del Renacimiento

El presente de Péguy es la modernidad; con matices, la misma modernidad que es nuestro presente. Una modernidad que cuenta con tres siglos entonces, y ya se anuda como sogas corredizas estrangulando toda opción de transformación.

Se impone reconstruir desde un paradigma distinto, y es lo que plantea Péguy que debemos realizar partiendo de las bases del fin de la Edad Media. Reconstruir ese periodo de tiempo que llamamos el Renacimiento, recomenzar donde se torcieron los caminos emprendidos para traer una razón diferente, una razón dialogante, valga la redundancia.

Péguy va a cargar con Pascal como acompañante de bolsillo, y con el va a saltar por encima de Descartes. Reconstruir la modernidad va a ser lo opuesto a lo que luego se convierta en su deconstrucción o en la posmodernidad. Superar a Descartes desde antes de Descartes.

Y el presente se reconstruye con voluntad de futuro, de horizonte que va más allá de lo que somos hoy; con una revolución. Ese concepto de reconstrucción del presente, es la revolución para Péguy, un renacer para el mañana, en una ciudad nueva y armónica que contemple la ciudadanía y la individualidad; es una reconstrucción histórica, económica, política.

## 2.3 El espíritu burgués es el verdadero mal que está acabando con las virtudes republicanas

El presente moderno se caracteriza para Péguy, por la comodidad, por la seguridad. Eso significa ser burgués. No es algo que tenga que ver con la clase social, y eso significa un cambio importante de interpretación en un socialista con una buena formación marxista. Burgués y dinero van asociados, pero no por la cuantía que se posea, sino por como se atesora.

Y las virtudes republicanas, esas que hacían de la política una cosa pública, se han desmoronado dentro del espíritu burgués, diluidas entre las hojas de la libreta de ahorros y la comodidad de una vida cada vez más resuelta por la técnica.

La seguridad ha hecho de la persona un elemento más controlable, más apegado al tener que al ser, más sujeto a sus propias necesidades que atento a las de los demás. Una seguridad expresada para Péguy en ese librito de pocas hojas que atesora las seguridades de los ahorros del burgués. Unos ahorros que convierten al dinero, de moneda de cambio, en un pequeño dios con altares en cada casa y cada bolsillo.

La técnica ha venido a traer el confort, concreción material de la seguridad; la comodidad. Ancla que nos arrastra hacia la inactividad y la pereza. Una técnica vacía que sólo pretende adentrarse en el terreno de cubrir el tiempo sobrante del burgués; el ocio.

Esa combinación de seguridad y comodidad conforman el espíritu burgués que criticó Péguy tanto desde el socialismo, como desde el cristianismo. Ese espíritu perverso va a pervivir y crecer con posterioridad a Péguy, y eso mantiene viva sus críticas, no sólo en tiempos de Mounier, sino hoy mismo[3].

## 3 EL ENCUENTRO CON LANDSBERG

De todas las personas con las que Mounier colaboró desde la fundación de Esprit, quizás la más importante en cuanto a la influencia posterior en su pensamiento será el filósofo alemán Paul-Ludwig Landsberg.

Este alemán de origen judío, pero católico, saldrá de su país tras la llegada al poder del partido nazi, exiliándose primero en España, donde trabajará en Barcelona y Santander, para luego trasladarse a Francia tras el comienzo de la Guerra Civil.

Aunque los primeros contactos datan precisamente de los tiempos de Barcelona, donde ya se conocía Esprit, el contacto será más continuo del 35 al 41, año en que la guerra los separará para no volver a encontrarse jamás (de hecho, Mounier no tendrá hasta 1946 la confirmación de su muerte en un campo de concentración).

### 3.1 La importancia del compromiso

Precisamente será este el motivo real de su encuentro y de su separación. El compromiso para Landsberg es un elemento crucial en la concepción de la acción de la persona. Su compromiso con lo que consideró más importante, participar en la resistencia contra la invasión nazi, le llevará a rechazar un visado para los EEUU de Norteamérica, y con ello arriesgar lo más preciado que podía dar; su vida.

El carácter histórico de la vida humana, para Landsberg, exige el compromiso como condición de humanización; siendo esta básicamente historicidad. Hay una unidad indisoluble entre lo individual y lo colectivo, somos solidarios con el resto de las personas, con su

historia; la nuestra, la suya, la de todos es una sola historia común, y es la de la implicación en la realidad, la de convertirnos en un gajo más (engager en francés, comparte raíz...).

Además el compromiso debe ser totalmente libre, para diferenciarlo de los actos puramente estéticos o intelectuales, y de la ciega sumisión. No hay neutralidad posible en el compromiso, no hay lugar a la asepsia del compromiso; uno se embarra dentro de las impurezas que rodean siempre al compromiso, y lo hace libremente; no hay coacción, y no hay sobrecargas. Y por ende, no existe compromiso solitario.

En el proceso de conocimiento, en nuestra incansable búsqueda de la verdad, sólo el compromiso puede darnos las claves correctas de hacia donde dirigir nuestras miradas; no hay, en el sentido fuerte de “no debe haber” inteligencia aislada. Landsberg preferirá la fórmula “pensamiento que se compromete”, a “pensamiento comprometido”, término muy común entre sus compañeros de Esprit en la primera época.

Precisamente de este conocimiento que se compromete, surge una forma científica de aproximación a la realidad de tipo personalista, ya que la realizamos de una forma integral, desde todas las formas de conocimiento; el método científico, principalmente tras el positivismo, llevó a cabo una disección metodológica que fue apartando modos de aproximación, como poco fiables, y finalmente los arrinconó en el baúl de lo imposible.

Finalmente lo que se pone en juego en esto del compromiso, son los valores que marcan nuestro camino. Son ellos quienes van a ayudarnos a determinar lo acertado o no de nuestros actos, de nuestras elucidaciones; son luces que iluminan el camino, pero luces que habrá que mantener[4].

### 3.2 Buscando las raíces desde la Edad Media

Se trata fundamentalmente de la confrontación entre la postura positiva y la negativa. La primera, la de la búsqueda constante, la de la afirmación por encima de todo de lo que se considera fundamental. A la contemplación, a la afirmación por antonomasia, le sigue un no que es delimitador, no negador. Esa es la Edad Media, sus luces.

La Edad Moderna, para Landsberg se caracteriza porque impera la negatividad. Es una constante negación, que empieza por la duda, y apenas consigue afirmar un mínimo, que tampoco nos ha ayudado mucho; cogito ergo sum.

El planteamiento renacentista, en cambio, será básicamente afirmador. Seguro de la importancia de la persona y de Dios, el conocimiento parece avanzar de la mano del arte, y parecemos lanzados hacia delante, como llevados de la mano de Dios. Pero pronto surgen las dudas, y llegan las “certezas” de la ciencia.

La seguridad que rebosa la Edad Media en ese plan divino que rige el mundo, ese optimismo metafísico, guiará incluso a quienes van hacia la Modernidad; Galileo sin ir más lejos. La ordenación a un fin, la

teleología imperante, es imprescindible para que la certeza absoluta en el mundo, impere en la Edad Media, y se sostenga esa credulidad, esa simplicidad de Juana de Arco, que tan bien verá Péguy.

Además, en la Edad Media hay una guía clara, para quienes se cuestionan el mundo; el Evangelio. Y esto en la Europa cristiana; en el orbe musulmán sucede lo mismo, la guía espiritual de Mahoma y el Corán, dan firmeza de criterios éticos a quienes se preguntan por ello, y buscan la unidad de pensamiento y acción[5].

### 3.3 La pedagogía necesaria

El sentido pedagógico en Landsberg tiene una clara raíz platónica, o quizás debiéramos decir socrática. Todo aquello que de socrático puede haber en la Academia, Landsberg lo va a utilizar como base de su criterio pedagógico, y para indicar la necesidad de comprender la filosofía como vida, como la vida misma.

Enseñar con el ejemplo; transmitir conocimiento con la vida; incitación a la sabiduría; sapere aude, en fin. La constante necesidad de enfrentar el problema de la verdad con el diálogo; y la ineludible existencia de la autoridad concedida, la del maestro por el discípulo. Dos cuestiones de gran importancia en el criterio pedagógico.

Aprender y enseñar; binomio imprescindible del proceso de perfeccionamiento del ser humano, de la persona. Servir a la verdad en Sócrates es servir al perfeccionamiento humano, y llevar esta postura a las últimas consecuencias es parte integrante de ser un pedagogo.

Que la propia vida sea enseñanza, ejemplo, es la culminación del compromiso con uno mismo y con la comunidad. Ser personalista para Landsberg es hacer de la vida una constante paideia; ser una marca en el camino, una piedrecilla blanca más, entre los guijarros oscuros, que pueda marcar el camino para los que vienen[6].

## 4 LAS FLORES DEL PERSONALISMO COMUNITARIO

Hemos revisado las dos líneas que pretendía señalar como indicadoras del pensamiento de Emmanuel Mounier y del Personalismo Comunitario. Ahora nos queda ver el resultado que produjeron en su simbiosis y el aporte final de Mounier.

Son esas flores que dan el perfume inconfundible al Personalismo Comunitario, que lo diferencian de esas otras ramas del pensamiento existencial que tanto Mounier como Carlos Díaz han dibujado para saber nuestra genealogía, nuestros parentescos, pero también para ayudar a comprendernos mejor como línea de pensamiento en el occidente que se globaliza y se entremezcla con el resto de las culturas en este nuevo milenio que hemos ya estrenado hace un tiempo.

Son como las flores del Corán para los sufíes; perlas que muestran la esencia de lo que vivimos, ese perfume que nos indica el camino, o que nos devuelve al sendero por la vía de la memoria. Una memoria revitalizante, maestra, guía de noches oscuras.

Entrelazándose, tejiéndose lo aprendido de Péguy con lo vivido con Landsberg, se van a conformar las cuatro siguientes marcas de identidad del pensamiento de Mounier

#### 4.1 Revolución interior

El compromiso, con su potencia creadora, nos impulsa a la transformación interior, a la conversión creadora, por la que hacemos vida nuestra fe.

La importancia que tiene este punto es crucial para el resto. Es el hilo conductor del tapiz, que marca no sólo el sentido de los trazos, sino las huellas del color que den finalmente profundidad y sentido a la idea de que la persona es la piedra angular de este edificio, que Péguy gustaba de comparar con la catedral de Chartres.

La persona se hace en la acción. Acción siempre comprometida, motor de la historia. Ese hacerse, encamina a la persona hacia una metanoia, una conversión que es posibilidad de nuevas formas de relación interpersonales. Ahora “nosotros” radica en el centro de la relación yo-tú, y no es una simple suma de individualidades.

Será por tanto, personal y espiritual, si no, no será una verdadera metanoia. Desde dentro y desde fuera, hacia dentro y hacia fuera, la persona es la llave por la que pasa cualquier camino que conduce a la comunidad; es el nudo gordiano que mantiene unida la urdimbre que tejemos en el compromiso.

Y este deberá mancharse las manos de barro. La pureza de la acción está lejos del pensamiento de Mounier tras conocer a Landsberg. En los inicios de Esprit la gran preocupación es como conciliar acción y pensamiento, sin que este sufra. El apoyo al Frente Popular, el posicionamiento favorable a la República Española o la reacción ante el Tratado de Munich, no hubieran sido tales sin la comprensión de que no hay pureza en el compromiso de la acción.

#### 4.2 Rehacer el Renacimiento

Para Mounier estaba claro que con la Modernidad se había consagrado la asimilación de lo espiritual y lo reaccionario, como si lo espiritual fuera la rienda que retiene o hace retroceder cualquier tipo de acción humana.

Se impone una nueva Edad Media, para renacer de nuevo. El imperio de la razón ordenada al número nos lleva hacia la soledad. Tal como se llevó a cabo el Renacimiento, el hombre encontró que podía buscar la comodidad, la calma y la tranquilidad del aturdimiento; mucho ruido y pocas nueces.

La ciudad armoniosa no es una ciudad incómoda; pero no es la comodidad, el confort lo que la define. Hoy, es el bienestar lo que defendemos con mayor ahínco, subordinando cualquier realización humana a lo político y a lo económico. Por ello somos individuos. Soledades que buscan cada uno su cómodo sillón frente a la pantalla; lo espiritual debe retomar su importancia, para dotar de sentido a una humanidad triste, que busca ciegamente la felicidad como el bien máximo,

olvidándose de la alegría de vivir, de ser.

Como el solitario de Ibn Bayya (Avempace), buscamos a los que también buscan en lo espiritual lo virtuoso. Esa búsqueda es el régimen que debemos aplicarnos para mantener el tono de nuestra acción, y permanecer en la constancia de ser, y no en la del tener. Aquí está la nueva Edad Media; el tiempo de la búsqueda con la certeza que da la fe; la santidad. Una época de santos, maestros de virtud.

#### 4.3 Ser maestros

Y con el compromiso, enseñar. Nuestra acción se convierte en constante pedagogía, que en la línea socrática se concretaría en saber lo que buscamos, dirigir nuestros actos hacia ello y transmitir a los demás ese “saber”, para que ellos mismos dirijan sus actos de forma correcta.

Cuando Péguy habla de la pequeña doncella (Juana de Arco), está pensando en ese acto de maestría, de pedagogía enorme, que supone la sencillez con que esa humilde adolescente del medioevo comunicó el camino a sus coetáneos; otra cosa es que el delfín siguiera sus intereses y la abandonara a su suerte. Son los dos momentos del santo.

Y para Mounier es el acontecimiento el verdadero maestro interior. Aquello que se nos hace presente con la fuerza de lo que nos afecta, de lo que nos toca en lo más profundo, conectando nuestro universo con el universo exterior, eso es el acontecimiento. Si nosotros estamos llamados a ser maestros, también lo estamos a ser discípulos de lo que nos toque por dentro.

#### 4.4 Romper con la comunidad es el acabamiento de la política

La “metafísica de la soledad integral”, como llamaba Mounier al individualismo, es lo único que nos queda cuando rompemos con el mundo, entendido este como el lugar donde se realiza la comunidad de personas.

Cualquier intento de política, de realizar nuestros actos en el mundo, se hunde, se acaba, cuando rompemos con el nosotros que somos con los demás. Nos hemos acostumbrado a hablar de sociedades, en vez de comunidades. La sociedad globalizada, es una suma de individuos que no saben a donde van. La comunidad ha quedado reducida a lo virtual, si es que en ese ámbito podemos hablar de comunidad en el sentido personalista. Hay comunidad de intereses en la mayor parte de los casos, pero no verdadera comunidad.

Y con la comunidad y la política, se nos viene el reino del tener, único lugar donde parece encontrar refugio el individuo abandonado a su suerte. Pero con el tener se vienen el derecho y la propiedad; el derecho que defiende la propiedad; la posesión como uso, disfrute y agotamiento. Defender el mercado antes que el intercambio, es defender la realidad misma de la confusión entre lo poseído y el poseedor (con lo que se cosifica la persona), frente a la finalidad del uso.

Entonces se hace necesaria una revolución que sea personalista y comunitaria; que afecte, que sea acontecimiento transformador, compromiso con mi

realidad personal y mi realidad comunitaria. Ser persona es finalidad que se concretará en el compromiso de la acción transformadora[7].

1. Díaz, C. and Fundación Emmanuel Mounier., *¿Qué es el personalismo comunitario?* Persona; 1. 2002, Madrid: Fundación Emmanuel Mounier. 155 p.
2. Vila, J.C., *Charles Péguy*, ed. Sinergia. 2004, Madrid: Fundación Emmanuel Mounier. 75.
3. Péguy, C., *Oeuvres en Prose*. 1957, Paris: Ed. Gallimard. 1598.
4. Landsberg, P.-L., *Problèmes du personalisme*, ed. C. Esprit. 1952, Paris: Ed. du Seuil. 227.
5. Landsberg, P.-L., *La Edad Media y nosotros*. 1925, Madrid: Revista de Occidente. 202.
6. Landsberg, P.-L., *La academia platónica*. 1926, Madrid: Revista de Occidente. 202.
7. Mounier, E., *Revolución personalista y comunitaria*. Vol. OO.CC. Tomo IV. 1988, Salamanca: Sígueme.